

ATAQUES A UNA SUCURSAL DE
IBERCAJA Y A LA CASA DE LA
CONCEJAL MARIBEL BERIÁIN

Pamplona, 18.05.1997

Cinco incendios en una noche

EL estruendo que provocó el impacto de la tapa de alcantarilla contra la cristalera de la sucursal sobresaltó a los vecinos del barrio pamplonés de Mendabaldea. El objetivo de los radicales era la oficina de Ibercaja ubicada en el número 29 de la calle Irunlarrea. Siguiendo el mismo patrón que en otros ataques, los encapuchados reventaron una de las lunas de la oficina para después arrojar varios cócteles molotov en su interior. En cuestión de segundos, las llamas consumían el local.

SOS Navarra recibió el aviso del suceso a las 3.52. Dos dotaciones de bomberos trabajaron en la extinción del incendio mientras una patrulla de la Policía Nacional trataba de dar con los autores del suceso y otra de la Policía Municipal acordonaba la zona. Los funcionarios controlaron el fuego en pocos minutos, pero la sucursal quedó arrasada: se quemaron los muebles, los ordenadores y el procesador informático, el techo de escayola se desplomó y el humo ennegreció todo el local. Los daños fueron valorados en doce millones de pesetas (72.000 euros).

El ataque contra la sucursal bancaria no fue el único suceso que aquella noche obligó a intervenir a los bomberos de Pamplona. Apenas una hora más tarde, hacia las cinco de la madrugada, varios radicales arrojaron cinco cócteles molotov contra la vivienda de **Maribel Beriáin**, concejal de UPN en el Ayuntamiento de Pamplona, ubicada en el Casco Antiguo de la capital navarra. Dos de los artefactos incendiarios impactaron contra la persiana de una vecina,

mientras que los otros tres dieron contra la pared del edificio, rebotaron y se consumieron en la calle. Un día después, la mayoría de los partidos políticos navarros e instituciones condenaron la agresión. “Son actos de amedrentamiento”, afirmó **Santiago Cervera**, consejero de Salud del Gobierno foral.

Asimismo, durante aquella madrugada se registraron otros tres incendios en otros tantos contenedores: uno en Burlada —en la plaza de Larráinzar— y dos en Pamplona —en las avenidas de Barañáin y La Rioja—. ●

LIBERACIÓN DE JOSÉ
ANTONIO ORTEGA LARA

Mondragón, 01.07.1997

La mejor noticia posible

C

UANDO el cabo primero de la Guardia Civil descendió los rudimentarios escalones que conducían al subsuelo de aquella nave industrial de Mondragón, España aún dormía. El especialista de la Benemérita tenía 39 años, se llamaba **Francisco** y formaba parte del operativo que se había puesto en marcha para tratar de poner fin al secuestro más largo e inhumano de los perpetrados hasta entonces por ETA. Con precaución, guiado por su visor nocturno, el cabo primero llegó a un habitáculo subterráneo en el que había armas y papeles. Una puerta con dos cerrojos le franqueó el acceso a una segunda estancia recubierta de material aislante. La humedad era tremenda. Descubrió en la pared una trampilla de madera, como una ventana, y se acercó con cuidado. Arriba, en el interior del taller, sus compañeros, el juez **Baltasar Garzón** y los cuatro etarras detenidos horas antes contenían la respiración. Francisco empujó la portezuela y descubrió una escena que ya nunca olvidaría: ovillado en un rincón, sumamente delgado, con una barba que desdibujaba su aspecto habitual,

temblando de miedo, se encontraba **José Antonio Ortega Lara**, funcionario de la prisión de Logroño, secuestrado desde hacía 532 días. El guardia civil relataría horas después a los periodistas de *El Mundo* **Fernando Lázaro** y **Fernando Garea** cómo fue ese momento: “Cuando le enfoqué con la pequeña linterna de baja intensidad que llevaba, se encogió en posición fetal... Tardó en hablar. Le dije que éramos amigos, que éramos guardias civiles que íbamos a liberarle”. José Antonio Ortega no le creyó: “Venís a matarme —le dijo—, pero sabéis que no tengo miedo. Matadme, matadme ya de una vez”. Francisco le explicó con paciencia que no, que estaban allí para salvarle. El tira y afloja se prolongó un cuarto de hora, hasta que el aturrido funcionario accedió a salir del zulo en el que llevaba cautivo más de un año y medio. Faltaban unos minutos para las siete de la mañana. Poco después, España se despertaría con una de las mejores noticias de su historia reciente.

La imagen de José Antonio Ortega Lara llegando a su casa de Burgos con una suda-

dera roja, entre desconcertado y confuso, forma ya parte del imaginario colectivo. La barba desaliñada y los 23 kilos de peso que había perdido le proporcionaban un aspecto próximo al de algunos supervivientes de los campos de concentración de la Alemania nazi. Aquellos primeros pasos del funcionario al aire libre despertaron un entusiasmo colectivo, pero pusieron también de manifiesto la crueldad de quienes lo habían tenido encerrado tanto tiempo en un agujero que era poco más que un armario.

ETA lo había secuestrado el 17 de enero de 1996 y exigió a cambio de su libertad que cesara “la estrategia de represión contra los presos”. El Gobierno respondió que no pensaba ceder al chantaje y el cautiverio se convirtió en un pulso imposible con un pronóstico más bien sombrío. José Antonio Ortega Lara, de 39 años, casado, con un hijo de corta edad, era un trabajador “anónimo”, sin ninguna responsabilidad política o institucional. Cuando lo secuestró, ETA ya tenía en su poder al empresario **José María Aldaya**, responsable de la em-

presa Alditrans, en paradero desconocido desde el 8 de mayo de 1995.

Navarra vivió el secuestro de José Antonio Ortega Lara con gran intensidad, como todas las demás comunidades españolas. Cuatro días después de la desaparición de su compañero, los funcionarios de la cárcel de Pamplona convocaron una concentración silenciosa para exigir su liberación. El acto se celebró a las doce del mediodía junto al portón de la vieja prisión provincial. Asistieron unas treinta personas que llevaban carteles con el rostro de José Antonio Ortega Lara y que taparon los suyos para que nadie les pudiera identificar en las imágenes que tomaron los reporteros gráficos. También prefirieron no dar sus nombres a los periodistas. Explicaron, eso sí, que se encontraban “calmados”. “Esperábamos que se produjese una noticia de este tipo [el secuestro de un funcionario

Mientras estuvo secuestrado José Antonio Ortega Lara, se celebraron concentraciones semanales en la puerta de la prisión de Pamplona. -DN



de prisiones] y se ha producido. Estamos tranquilos, ya que tenemos el convencimiento de que Ortega Lara va a ser liberado con vida”.

Lo que no podían intuir los trabajadores de la cárcel pamplonesa era la duración del secuestro: a partir de aquella primera concentración organizada el 22 de enero de 1996, los funcionarios se reunieron semanalmente durante un año y medio, siempre con el mismo objetivo, siempre preocupados, pero siempre con esperanza.

También reclamó semanalmente su libertad la coordinadora Gesto por la Paz, que se vio obligada a desplazar sus citas desde la plaza del Ayuntamiento hasta la de la Cruz para evitar la presión de las contramanifestaciones organizadas desde Gestoras pro Amnistía. La iniciativa no surtió efecto porque los “contramanifestantes” siguieron sus pasos. En consecuencia, las cien personas que se reunían regularmente para “exigir” con su silencio el fin del secuestro tuvieron que soportar un lunes tras otro al grupo

de la izquierda radical abertzale, situado a sólo unos metros con la finalidad principal de insultarles y lanzarles algunos objetos. Aquella época de las “dobles concentraciones” no acabó peor porque la Policía Nacional se ocupó de vigilar la plaza de la Cruz.

El 27 de marzo de 1996, cuando José Antonio Ortega Lara ya llevaba 71 días de cautiverio, varios miembros del Parlamento de Navarra se sumaron a la concentración que todos los miércoles celebraban los compañeros del secuestrado en la puerta de la prisión de Logroño. La delegación la formaban la presidenta de la cámara, **Lola Eguren** (PSN), y los miembros de la Mesa: **Charo Villanueva** (CDN), **Fermín Ciáurriz** (EA), **José Ignacio Palacios** (UPN) y **Alberto Catalán**. “Hemos venido aquí a colaborar y a apoyar la liberación inmediata y sin condiciones del señor Ortega”, explicó la presidenta, que guardó cinco minutos de silencio junto a las demás personas reunidas. Lola Eguren condenó el hecho de que ETA exigiera una contraprestación “política” a cambio de la vida de un trabajador. “Es el colmo de la sinrazón. Que se esté machacando a un pueblo para pedir determinadas condiciones a través de los trabajadores es lo más irracional que la organización terrorista ha podido plantear”.

En algunas de las concentraciones celebradas en la cárcel de Pamplona, los convocantes también estuvieron acompañados por distintos representantes institucionales. El 22 de mayo de 1996, por ejemplo, se presentaron a la cita alcaldes y concejales de las principales localidades navarras. **José Luis Gastejón**, entonces máximo responsable del Ayuntamiento de Estella, habló en nombre de todos ellos: “El hecho de que nos hayamos reunido los alcaldes de las merindades supone un ejemplo más de que la ciudadanía de Navarra está contra este secuestro. El secuestro no es al camino y por este camino no se llega a ningún sitio. Los que lo siguen son unos fascistas que no tienen ninguna justificación”.

El 14 de abril de 1996 fue liberado José María Aldaya. Había estado secuestrado durante 342 días. “Me estaba pudriendo en aquel agujero maldito”, explicaría después. Sin embargo, ETA raptó el 11 de noviembre de 1996 al abogado vizcaíno **Cosme Delclaux**. Y como había hecho con Aldaya, exigió a su familia una fuerte suma de dinero a cambio de su libertad. Los dos secuestros se solaparon con el de José Antonio Ortega Lara, cuyo final se antojaba mucho más complicado.

Desde el primer momento, las Fuerzas de Seguridad pusieron en marcha distintas líneas de investigación. “Durante meses —se lee en un libro editado por *El Mundo*—, la Guardia Civil peinó el País Vasco y Navarra en busca de alguna pista sobre Ortega Lara. Llegaron a usarse aviones estadounidenses dotados con sensores de calor y se investigaron todas aquellas viviendas en las que se hubiesen detectado variaciones en el consumo eléctrico durante los últimos meses. Sin embargo, no había pistas sobre el paradero del funcionario”.

Se han publicado diversas informaciones sobre el origen de la operación que permitió liberar al funcionario. Según algunos textos periodísticos, una anotación (“BOL 5K”) en la agenda de **Julián Atxurra Egurola**, detenido en Francia en 1996, fue el primer hilo del que empezaron a tirar los especialistas de la Benemérita. “Bol” —una abreviatura del apellido Bolinaga— sería la referencia que permitió localizar a los secuestradores. Lo cierto fue que la Guardia Civil localizó el rastro de un comando de ETA formado por veteranos de la zona de Mondragón. Formaban el grupo **José Luis Erostege Bidaguren**, **Javier Ugarte Villar**, **Jesús María Uribeberria Bolinaga** y **José Manuel Gaztelu Otxandorena**. Los siguieron durante algunos días y comprobaron que frecuentaban una nave industrial próxima al río y que llevaban comida que ellos no consumían. Las sospechas fueron en aumento y las pusieron en conocimiento del juez **Baltasar Garzón**,



Toda España se conmovió con la imagen de Ortega Lara recién liberado.



entonces titular del Juzgado Central de Instrucción número 5 de la Audiencia Nacional.

La noche del 30 de junio al 1 de julio, los cuatro etarras fueron detenidos y conducidos a la nave donde supuestamente trabajaban. Ellos aseguraban que allí no estaba Ortega Lara y el minucioso registro practicado durante casi dos horas no dio ningún resultado. Pero al final, debajo de una pesada máquina, apareció el acceso al zulo. Esa misma noche ETA liberó al abogado Cosme Delclaux, después de que su familia pagase el rescate exigido por los terroristas.

La última concentración junto a la cárcel de Pamplona se celebró al mediodía del 1 de julio, poco después de que Ortega Lara hubiese sido liberado. Unas veinte personas —entre funcionarios de la prisión y miembros de Gesto por la Paz— guardaron cinco minutos de silencio antes de romper en un aplauso conmovido. Uno de los asistentes cerró

el encuentro con dos gritos espontáneos que todos corearon: “¡Viva la paz! ¡Viva la libertad!”.

En junio de 1998, los cuatro secuestradores de Ortega Lara (José Luis Erostegi Bidaguren, Javier Ugarte Villar, Jesús María Uribetxeberria Bolinaga y José Manuel Gaztelu Otxandorena) fueron condenados a sendas penas de 32 años de cárcel por un delito de secuestro terrorista y otro de asesinato alevoso en grado de conspiración, con el agravante de ensañamiento en ambos casos. En otros juicios fueron sentenciados por el asesinato de tres guardias civiles y por el secuestro del empresario Julio Iglesias Zamora.

Uno de los condenados, Jesús María Uribetxeberria Bolinaga, fue excarcelado el 30 de agosto de 2012 debido al cáncer “terminal” que padecía. La medida se interpretó desde varios sectores como una cesión del Gobierno del PP, que trataba de gestionar entonces la situación creada tras el alto el fuego de ETA.

En marzo de 2014, Ortega Lara asistió en Pamplona a la presentación de un libro de Salvador Ulayar. Fue ovacionado por el público. -GAM

José Antonio Ortega Lara ha llevado una vida discreta desde que fue liberado, aunque en 2014 anunció su apoyo al partido Vox, de reciente creación, y participó en varios actos durante la campaña de las elecciones europeas de ese año. El 14 de marzo de 2014 asistió en Pamplona a la presentación del libro *Morir para contarlo*, de **Salvador Ulayar**, y fue ovacionado por las trescientas personas que abarrotaban el salón de actos de Civican. ●